

trogar al saqueo á los Brescianos, cuyo auxilio habia solicitado contra Francia; á Francia y á España vender á los aliados al tiempo de celebrar sus contratos de paz. En medio de tales naciones parecia natural que la política enseñase á preservarse del engaño con el engaño y á prevenir un asesino los golpes de otro.

Maquiavelo se limita á exponer esta práctica como una cosa natural, sin pasion; y calculando friamente los medios y el fin, no presenta el mal como bueno, sino como útil (1): si lo útil debe preferirse á lo bueno, es cuestion propia de frailes. Así el químico enseña el modo de emplear los tósigos y los abortivos; pero si debe ó no hacerse uso de ellos, no le incumbe á él decirlo. El haber Maquiavelo osado decir en alta voz lo que apénas se atreveria uno á confiar á su propia conciencia, prueba que esto no repugnaba á la opinion corriente; por el contrario, como maestro é inventor del arte que tomó de él su nombre, representa el uso general á la sazón; solo que se perdona mas fácilmente la accion mala que la teoría del mal, el delito que el sofisma.

En otros autores, además de Maquiavelo, los hechos habian pasado á la clase de teorías, y veinte años ántes del *Principe* se publicó la Vida de Luis XI, escrita por Commines, en que se profesan aquellas doctrinas (2). El ingenuo Montaigne (*De lo útil y de lo honesto*) encuentra que en toda organizacion política hay oficios no solo bajos, sino tambien viciosos, y que los mismos vicios sirven para mantener el vínculo social, como los venenos la salud: dice que existen ciudadanos capaces de sacrificarse por la salvacion del país; pero que si el bien público exige que se mienta, que se haga traicion, que se mate, deben dejar tales oficios á personas mas diestras. La historia de Guicciardini es una continua predicacion de las mismas doctrinas. Francisco Vettori escribia: «Tendria por

(1) En el *Principe*, XV, se lee lo siguiente: «Siendo mi intento escribir una cosa útil para el que la entienda, me ha parecido mas conveniente aspirar á presentarla como es en verdad, que cual la pinta la imaginacion. Muchos se han figurado repúblicas y principados que jamas han existido; pues hay tanta distancia de cómo se vive á cómo se debería vivir, que el que deja lo que se hace por lo que debería hacerse, consigne mas bien su ruina que su conservacion: en efecto, el hombre que trata de portarse siempre cual cumple á una persona honrada, por precision ha de arruinarse en medio de tantos pícaros. Conviene, pues, al príncipe que quiera sostenerse aprenda á ser malo, obrando luego ó no obrando como tal, segun la necesidad lo exija...»

(2) Tomo I, p. 137 de la edicion de la *Société historique*; «Je veux descler une tromperie ou habileté, ainsi qu'on vaudra nommer, car elle fut saignement conduite.»

Página 278: «Il pourra sembler, au temps advenir, à ceux qui verront cecy, que en ces deux princes (Luis XI y el duque de Borgoña) n'y eut pas grant foy... mais quant on pensera aux autres princes, on trouvera ceux-cy grans, nobles et notables et le nostre très-saige... je cyde estre certain que ces deux princes y attoient tous deux en intention de tromper chascun son compaignon.»

Tomo II, pág. 311: «Ludovic Sforce estoit homme très saige.. et homme sans foy s'il veoit son prouffit pour la rompre.»

Commines admite la Providencia como árbitra de los destinos de los reinos; pero dice que es necesario hacer conocer tambien la perversidad del mundo, no para servirse de ella, sino para preservarse. Tomo I, p. 237.

«una de las mejores noticias la de que el Turco hubiese tomado la Hungría, y se dirigiese hácia Viena; que los luteranos hubiesen vencido en la Magna, y que los Moros, que César quiere expulsar de Aragon y de Valencia, se resistiesen y fuesen no solo aptos para defenderse sino para ofender.» Poco despues vivia fray Pablo Sarpi, y escribió tambien un *Principe ó sea consejos á la Señoría de Venecia* sobre el modo de gobernar á los súbditos en Levante, advirtiéndole que no conviene fiarse de ningun modo en la fe griega, sino tratar á aquellos como animales feroces, limar sus dientes y sus uñas, humillarlos á menudo, y sobre todo alejar de ellos toda ocasion de amaestrarse en la guerra. Añade que lo mejor que les sentaba era el pan y el palo, reservando la humanidad para otras circunstancias. Asegura en otra parte que «el mayor acto de justicia que un príncipe puede hacer, es sostenerse;» y quiere que se prohíba el comercio á los nobles, porque produce grandes riquezas y nuevas costumbres (1).

La doctrina de Maquiavelo era, pues, comun. Su principal deseo consistia en establecer un gobierno fuerte, «que inspirase temor á los hombre grandes, para que no pudiesen formar partidos, que son la ruina de un Estado (2);» por tanto á Florencia, su patria, opone la república de Venecia que «sabía sujetar á los hombres poderosos (3);» muestra la necesidad de «convertir la ciudadanía en un solo cuerpo, de suerte que todos no reconozcan sino un soberano (4);» y exhorta á Lorenzo á que adquiere vigor para librar la Italia de extranjerios. Si convenia mas la república ó la monarquía, esto, ó no le importaba, ó cambió de parecer, segun su intermitente amor de libertad. Al fin pareció desesperar de las fuerzas inconexas de las repúblicas, y declaró «que necesitaba la mano de un rey que enfrenase la excesiva corrupcion de los nobles.» Esta enérgica unidad la esperó del duque de Valentinois; despues, cuando le vió «reprobado por la fortuna,» se dirigió á Lorenzo de Médicis, mucho ménos apto, es verdad, pero sostenido por un papa jóven. Habiéndole engañado tambien en esto la esperanza, acudió de nuevo á la república florentina; pero en todos los casos dominaba la *repression* de los nobles. Á la manera de los escritores vulgares, juzga del resultado inmediato, sin reconocer ni los resultados lejanos ni el objeto; admira á Borgia, y sin embargo basta un soplo para disipar las muchas astucias y violencias de este; bastan ciertas circunstancias que él no habia previsto.

(1) En las *Memorias del abate Morellet* (Paris, 1825) se encuentra una carta de Pedro Verri, escrita en 1766, donde dice: «¿Qué otro país, fuera del nuestro, ha producido un Maquiavelo y un fray Pablo Sarpi? Dos monstruos en política, cuya doctrina es tan atroz como falsa, y que muestran friamente las ventajas del vicio, porque ignoran las de la virtud.»

(2) *Della rif. di Firenze*.

(3) *Disc. L. I, 49.*

(4) *Carta á Vettori.*

¿Qué sacó de todos sus estudios? Los tiranos no se cuidaron de él; solo el cardenal de Médicis le encargó por fin una embajada al cabildo de los frailes Menores de Carpi, y el hermano del cardenal le dió una pension para que escribiese la Historia de Florencia. En esta obra temia ofender con los pormenores (1); así fué fortuna que la muerte le impidiese narrar los casos contemporáneos, pues entónces hubiera sido imposible conseguir su objeto. Además de que no teniendo á la vista sino á Roma y Grecia, modela por ellas á Florencia, no atendiendo á los principios de esta; hace nacer del acaso lo que era efecto de un desarrollo constitucional; y con la abstraccion y el accidente priva á la historia de la vida que se encuentra en los cronistas.

En otras naturalezas, en otra firmeza queremos buscar al liberal, no bastando la persecucion para dar tal fama. Que diga el lector si con derecho se nos presenta como hombre austero ó ardiente republicano á Maquiavelo, el cual exhorta siempre á acomodarse con el gobierno, cualquiera que este sea, y tiene por amigos á las personas mas divertidas de Florencia, y por confidentes á políticos infames y desleales á la patria. Esclavo de bajos apetitos, y continuamente ansioso de dinero, miraba como colmo de la miseria la vida oscura y humilde, y necesitaba ruido, goces, amores, el áura de los grandes, de los empleos. Para obtenerlos, adulaba á Leon X, á Clemente VII, al inepto Lorenzo; estos le aplicaban el tormento, y Maquiavelo los alababa, mendigaba sus gracias, y para lisonjearlos, insultaba al estimable gobierno de Soderini.

Los contemporáneos, que sentian las consecuencias de aquella política, se indignaban de tan licenciosa ligereza, maldiciendo los perversos consejos con que habia enseñado en el *Principe* al duque de Urbino «á quitar á los ricos la hacienda, á los pobres el honor, á unos y á otros la libertad.» Por lo mismo Maquiavelo trató de que no circulase, y el pueblo no quiso que se repudiese á su autor en el cargo de secretario de la guerra en el consejo de los Diez (2); hasta tal punto se resentia la concien-

(1) Escribia á Guicciardini en 1524: «Estando para entrar en ciertas particularidades, necesitaría saber de vos, si me expongo á desagradar, ya dando realce, ya achicando los acontecimientos; me aconsejaré conmigo mismo, y trataré de conducirme de modo que, diciendo la verdad, á nadie deba ser molesto.»

(2) «La causa del odio extremado que en general se le profesaba era, además de su manera licenciosa de hablar y su vida deshonesta é impropia de su clase, la obra que compuso y tituló *El Principe*, y dedicó á Lorenzo de Pedro de Lorenzo, con objeto de que se declarase dueño absoluto de Florencia: en cuya obra verdaderamente impía, y que debió ser, no solo censurada sino destruida, como el mismo Maquiavelo trató de hacer despues de la revolucion del Estado, no hallándose aun impresa, parecia á los ricos que enseñaba el modo de despojarlos de su hacienda, á los pobres el de privarlos del honor, y á entrambos el de arrebatársela libertad. Así, acaeció á su muerte una cosa imposible de repetirse en lo porvenir, á saber, que tanto se alegraron de ella los buenos como los malos, aquellos por juzgarle malo, y los malos por conocer

cia pública de aquel frio análisis que, segun el uso antiguo, sacrificaba el individuo á la prosperidad del Estado, identificado con el príncipe. En cuanto á nosotros, confesando que Maquiavelo y Guicciardini contribuyeron inmensamente á desarrollar la nueva ciencia política, los juzgamos un escándalo de la literatura cristiana y los relegamos al mundo de los gentiles.

Como las demas ciencias emprendian de nuevo su curso á la luz de los antiguos, Maquiavelo quiso hacer lo propio con la guerra.

Hemos notado ya las mejoras que introdujeron en las tácticas las bandas mercenarias. El feudalismo era el predominio del individuo sobre la multitud. Los Comunes y la plebe que le sucedieron, experimentaron la necesidad de obrar en sentido contrario, oponiendo la multitud á la fuerza individual. De este modo se formaron las nuevas milicias comunales de que hemos hablado; de este modo aquella infantería suiza cerrada en batallones cuadrados de tres ó cuatro mil hombres, con picas de diez y ocho piés, espadas largas de dos filos, unas cuantas armas defensivas y de fuego, rechazaba la caballería enemiga y causaba una poderosa impresion en el ejército contrario. Pero obligados á combatir por destacamentos, perdian el valor; servian de poco en las defensas que duraban algun tiempo, en sitios y ataques; y cuando llegaban á desordenarse sus filas, con dificultad volvian á rehacerse.

Los Españoles, en una lucha de siete siglos contra los Moros, habian adquirido aquel valor que nunca se aprende mejor que en la guerra de bandas. Cuando destruida la dominacion extranjera, salieron á conquistar ó molestar la Europa, se les consideraba la mejor infantería despues de la suiza, á la que aventajaron con el progreso del tiempo. Extremadamente sobrios, no habia padecimiento ni fatiga capaces de abatirlos. Como armas ofensivas usaban la alabarda ó partesana, la espada, el puñal ó la daga; en Italia aprendieron de los Suizos á for-

que era no solo peor, sino tambien mas hábil que ellos. » VARCHI, *Storie*, lib. III, p. 210.

Juan Bautista Busini dice: «La generalidad le aborrecia, á causa de su *Principe*; parecia á los ricos que aquel libro era un documento que enseñaba al duque Lorenzo de Médicis á arrebatársela hacienda, concibiendo igual temor los pobres respecto de su libertad. Los Piagnoni creían que era hereje, los buenos deshonesto, los malos peor ó mas hábil que ellos; de suerte que todos le odiaban. Fué deshonestísimo en la vejez, y sobre todo esclavo de la gula; por lo cual usaba ciertas píldoras, cuya receta le habia proporcionado Zanobi Bracci, con quien comía á menudo. Se puso enfermo, ya de dolor, ya por el exceso ordinario; el dolor era causado por la ambicion, al ver que le sustituía Giannotto, muy inferior á él... Empezó entónces á tomar de aquellas píldoras, y á debilitarse y agravarse: en consecuencia, refirió á Felipe, á Francisco del Nero y á Jacobo Nardi aquel sueño tan famoso, y murió contento, como burlando. Dice M. Pedro Carnesecchi (el cual le acompañó desde Roma, con una hermana suya) que le oyó suspirar con frecuencia, llegando á entender que Florencia gozaba de libertad. Creó que le atormentaba su conducta, pues amaba en efecto la libertad de un modo extraordinario; pero sentia haberse indispuerto con el papa Clemente.» *Carta XI.*

Guerra.

mar batallones cerrados, y adoptaron la pica. Una vez desordenados, volvían a la carga individualmente y cubiertos de *broquel* ó de la cota de malla, cada cual se arrojaba en medio de las picas, dando de puñaladas al enemigo. Hallándose lejos de su patria, rara vez desertaban, ni podían tampoco marcharse después de concluida la campaña; de suerte que su pericia y su disciplina iban en aumento.

Los Franceses pensaron en perfeccionar el orden de batalla durante la guerra con los Ingleses. El vencedor de Bovines fijó á los guerreros un sueldo, empezándose desde entonces á tener un servicio regular. Los arqueros-francos y los ballesteros que Carlos VII alistó, fueron la primera caballería ligera que hubo en Francia (1). Instituyó también arqueros-francos de á pié, especie de guardia nacional, debiendo cada Comun suministrar cierto número de hombres que durante la paz permanecían en sus casas, ejercitándose de tiempo en tiempo. Dispuso la caballería en quince compañías de *ordenanza*, cada una de cien lanzas, esto es, seiscientos hombres, no contando entre los nueve mil á los aspirantes que se les unían con la esperanza de formar un día parte de ella; y en cada compañía había un capitán, un teniente, un guía y un alférez. Así, no eran ya jinetes que peleaban aisladamente y á su capricho, sino ordenados en cuerpos y divididos en trozos de veinte ó treinta gendarmes en las ciudades fronterizas y del interior, visitados á menudo por inspectores. El jefe de brigada era responsable de los desórdenes que se suscitaban entre las personas de su mando. El rey pagaba los sueldos, sacándolos de una contribución, llamada *de los gendarmes*, impuesta á las ciudades. Esto sirvió para disminuir los males de la sociedad, cuya verdadera peste eran los soldados; y fué la muerte de la antigua caballería, pues el título de caballero no daba ya derecho á mando ni prerogativa.

Las demas potencias imitaron los estatutos de Francia; pero solo los Borgoñones pudieron rivalizar con los Franceses. Los satélites ó soldados de infantería ligera continuaban, como en tiempo de las bandas, el sistema de escaramuzas y persecuciones, colocándose detrás ó al costado de los hombres de armas; y cuando estos en fila ó con la lanza en ristre habían roto la línea enemiga, los arqueros se adelantaban, y muchos de ellos rodeaban á un gendarme enemigo para cogerle y matarle.

La caballería ligera empezó á adquirir impor-

(1) « Ordonnons qu'en chaque paroisse de notre royaume y aura un archier qui sera et se tiendra continuellement en habillement suffisant et convenable de salade, dague, epee, arc, trousse, jaque, ou hague de brigandine, et seront appelés les francs archiers; lesquels seront esleus et choisis par nos esleus en chaque election, sans avoir égard ne faveur á la richesse et aux requêtes que l'on pourroit sur ce faire. Et seront tenus de nous servir toutes les fois qu'ils seront par nous mandez, et leur ferons payer quatre fraus pour homme pour chacun, mais du temps qu'ils nous serviront. » ORDONNANCE DE MONTILS LEZ-TOURS.

tancia, como cuerpo distintivo, solo cuando Luis XII tomó á sueldo á los estradiotas (1), jinetes griegos que llevaban la cabeza cubierta con un morrion sin cresta ni visera, y usaban cota de malla, espada, maza y largo baston forrado por ambos extremos. A veces combatían también á pié, y los empleaban comunmente los gobiernos de Venecia y de Nápoles, reclutándolos entre los Albaneses que se refugiaban en ambos países. Commines dice que molestaron mucho á los Franceses al principio de la batalla de Fornovo (2). Luis XII, al marchar contra Génova, tomó á sueldo dos mil, con los cuales formó algunas compañías permanentes de caballería ligera, que se unieron á las antiguas de ordenanza. La caballería adoptó en breve las pistolas en lugar de la lanza, para no hacer daño á los caballos; lo cual era el principal cuidado de los soldados, llegando hasta perjudicar á las facciones mientras no se declaró al caballo propiedad pública.

Maquiavelo, deplorando el desorden en que la milicia italiana había caído por culpa de los capitanes aventureros (*condottieri*), trató de probar la necesidad de ejércitos nacionales y de disciplina. Como se hacía en su siglo con las demas doctrinas, adhirió la suya á los recuerdos de los Latinos y los Griegos; y aunque ajeno á las armas, se empeñó en amoldar al arte antiguo los métodos modernos. Tuvo demasiada proporcion en su patria de observar á los extranjeros de todas clases que acudían á disputarse los pedazos de aquel hermoso país que algunos no debían volver á dejar: un rey caballeresco y un rey positivo ponían en contacto la generosidad envejecida y la nueva táctica, y las armas de fuego introducían cambios que apenas podían preverse.

Aquel Fabio Colonna, á quien Carlos V miraba como maestro en las artes de los sitios, y que expuso sus ideas en un tratado que dedicó á Felipe II, es el principal interlocutor que coloca Maquiavelo en sus diálogos. Muéstrase sobre todo en ellos cansado de los soldados aventureros, verdaderos bandidos, pagados hoy para combatir lo que mañana defenderán; feroces cuando no había ningun peligro, valientes solo por la esperanza del botin, y que hacían consistir el valor en llevar nombres pomposos como *Fracassa, Tagliacozzi, Fieramosca, Senzamisericordia*.

Los soldados de infantería italiana usaban entonces una lanza de nueve codos, y la espada mas bien redonda que en punta; no llevaban defendida la cabeza: algunos, después de res-

(1) στρατιότης guerreros.

(2) « Los estradiotas son soldados de á pié y de á caballo, que se visten como los Turcos, ménos la cabeza, pues no usan turbante, y duermen al aire libre todo el año, ellos y sus monturas. Eran todos Griegos, procedentes de las plazas nuestras que poseen los Venecianos, unos de Nápoles de Romania en Morea, otros de Albania hácia Durazzo; sus caballos excelentes y todos de Turquia. Los Venecianos se sirven de estas tropas, y se fían de ellas: son hombres valientes, y molestan mucho un campamento, cuando se proponen atacarlo. »

guardar la espalda y los codos, emplearon en vez de lanza, una alabarda de tres codos con el hierro en forma de segur. Maquiavelo propuso combinar los dos sistemas, el macedonio y el romano, armando las primeras filas con picas para rechazar la caballería, y las demas con espadas para la defensa; indicó también que se sustituyesen los campamentos atrincherados á las fortalezas, los ataques rápidos y decisivos á las dilaciones. Á la costumbre de los capitanes (*condottieri*), para quien llevaba cada soldado cuatro caballos, opuso el ejemplo de los Alemanes que tenían uno solo, y otro cada veintena para el bagaje. Con el genio político, que es su principal carácter, empieza á discurrir acerca de las correspondencias entre la vida militar y la civil, entre la política y la táctica, y aspira sobre todo á armar y disponer los combatientes. Los Griegos y los Romanos le muestran la importancia de las masas; indica el uso de los tambores, las banderas, los penachos, los colores y otros distintivos á propósito para conservar el orden; y la necesidad de ejercitar las tropas, la regularidad de las marchas, de modo que le falta poco para llegar al paso á compas. Desaprueba la division en vanguardia, centro y retaguardia, bastando que una partida de caballería preceda y otra siga á las tropas, que deberán marchar en columnas paralelas; idea no tomada de los antiguos y que formó después una de las glorias de Federico de Prusia. Establece una jerarquía de grados, proporcionada á las facultades del hombre y de las masas, y al orden profundo propuesto por él. Quiere que el ciudadano se ejercite continuamente en el manejo de las armas, pero que no sea soldado sino en el momento del peligro.

Tal era su idea de la ordenanza « no semejante á la del rey de Francia, porque esta es peligrosa é impertinente, sino á la de los antiguos que formaban la caballería de entre sus súbditos, y en tiempo de paz los enviaban á sus casas á vivir de sus respectivas industrias. » Para conseguir esto, sujeta al alistamiento (*deletto*) á todos los hombres de diez y siete á cuarenta años, y luego á los de diez y siete por sí solos (edad precoz, sin duda); de manera que, en caso necesario, todos puedan tomar las armas, si bien estas no constituyan la profesion especial de ninguno. El que se arme no ha de ser obligado á ello, sino sentir que es un deber santo, sin acudir por eso á las filas con un ardor imprudente. Se tendrán cuerpos distintos para formar las escoltas, los pequeños destacamentos, las guardias de honor, con objeto de que estos servicios no debiliten los batallones. Durante la paz, el soldado se ejercitará, usando armas, vestido y calzado de mas peso que cuando marche á la guerra.

La proposición de Maquiavelo relativa á reclutar la infantería en los campos y la caballería en las ciudades, es una reminiscencia de Atenas; cosa exigida allí por la constitucion, pero que nada significa entre los modernos. Confiesa que

la caballería antigua, sin estribos en que apoyarse para herir, era inferior á la moderna. Comprende que las armas nuevas quitaban el predominio á la fuerza personal; pero cuando las aplica, siempre las subordina á las antiguas; no mira el fusil y el mosquete sino como equivalentes del arco y de la honda de los vélites; y la poca pericia que se tenía aun, le disculpa de que, lo mismo que sus contemporáneos, no conociese la importancia ni las consecuencias de aquellos. Pues siendo así que las armas de fuego hubieran debido hacer que se alargase sin demora el frente, oponían á esto la costumbre, y siguió como cosa habitual en la infantería el orden profundo, apoyado por el ejemplo de los antiguos. También detuvieron á Maquiavelo en la admiración que profesaba á los Romanos, el uso corriente y el ejemplo de los Suizos, aunque la batalla de Mariñan hubiese convencido de que el orden profundo no sirve contra la artillería; y apreciando mal la indole de las armas de fuego, que llevan la ofensa á una grande extension, quiere que los ejércitos no pasen de veinticuatro á treinta mil hombres, como los Romanos. Sin embargo, al tratar de las fortalezas, prevé los efectos de las minas, y se opone á que en una ciudad fortificada haya ningun castillo ó reducto, para evitar que la guarnicion defiende ménos resueltamente el todo, confiando en el asilo que aun le resta.

Algarotti esgrime su pluma contra los que no creen á Maquiavelo gran maestro en el arte de la guerra; pero la verdad es que solo dió de nuevo la extraña idea de construir el foso detrás de las murallas; algunas de las armas que propone no convienen de ningun modo; la opinion acerca de la superioridad de la infantería era en su época bastante comun (1), y algunas, y aun muchas máximas buenas que contiene, no bastan para colocarle en el número de los maestros de estrategia. Como filósofo político merece alabanza, porque aspiró á formar ejércitos nacionales, y porque en vez de métodos puramente militares, trató de oponer al triste espectáculo de las tropas mercenarias la fuerza moral de los Italianos, á fin de mostrar que no se había extinguido entre ellos el antiguo valor.

Es mas propio de los Italianos el mérito de haber innovado la arquitectura militar. Clemente VIII confió á Miguel Sanmicheli de Verona y Antonio Sangallo el Viejo las fortificaciones, principalmente de Parma y Plasencia; y habiéndoles salido segun deseaban, Sanmicheli se

Arquitectura militar.

(1) Daniel de Ludovisi, en su *Relacion del imperio otomano* al Senado de Venecia, el 3 de junio de 1534, dice: « En todos tiempos las armas han sido mejor empleadas y con mas utilidad por la gente de á pié que por la de á caballo; cosa conocida en diferentes épocas y lugares, especialmente entre los Romanos. Si en los tiempos mas cercanos á los nuestros ha gozado en Italia de reputacion la caballería, la causa ha sido la mala disposicion y voluntad de los capitanes aventureros, que deprimiendo á los soldados de á pié, ó impidiendo que los principes tuviesen gente buena, procuraban rodear de gloria á sus jinetes, para hacerse dueños de Italia, lo cual consiguieron con ruina y desolacion, y en gran parte con servidumbre de esta. »

enamorado de aquel género y acomodó su sistema al nuevo modo de hacer la guerra. Hasta entonces una muralla fuerte, un ancho foso y algunas torres cuadradas ó redondas que protegían la interpuesta cortina, á la distancia de dos tiros de arco, bastaban para proteger una ciudad. Introducidas las armas de fuego, se construyeron torres angulosas mezcladas con las redondas, que precedieron á los baluartes propiamente dichos (1), y que al inventarse estos, fué preciso demoler, porque, adelantándose mas allá de la cortina, impedían la defensa. Sanmicheli hizo los bastiones en forma de triángulo saliente mas ó ménos obtuso, apoyado en dos flancos que protegen las cortinas, con cámaras bajas en los flancos, que redoblan el fuego de las defensas y protegen la cortina y el foso. Mientras que en el método antiguo el frente quedaba descubierta, en el nuevo todas las partes estaban defendidas por los flancos de los baluartes.

Á las defensas construidas á plomo se sustituyeron las flanqueadas; á las murallas perpendiculares las de escarpa; ninguna parte de la fortaleza permanecía sin ser defendida por otra; la artillería, hiriendo las murallas en ángulo oblicuo, no causaba tanto daño como cuando hería en ángulo recto, y si llegaba á arruinar el revestimiento exterior, el terreno se sostenía por sí mismo. Siguiendo tal método, construyó Sanmicheli en Verona el baluarte de la Magdalena y otros, demolidos despues, á consecuencia de la paz de Luneville; y los de Legnago, Orzinovi, Castello; y luego en Sebenico, Chipre, Candía, Nápoles de Romania, buenas barreras contra los Otomanos. La fortaleza de Lido en Venecia, tan difícil á causa del terreno húmedo y azotado por el mar, se probó disparando desde sus murallas toda la artillería de grueso calibre á un tiempo. Sanmicheli asociaba la hermosura á la fuerza, adornando las entradas de la manera que Vauban sugirió en época posterior. La puerta Nueva y la puerta del Palio de San Zenon en Verona muestran cuánto vale la concurrencia de muchos conocimientos.

Varios autores italianos escribieron sobre arquitectura militar mucho tiempo antes de que se publicase el tratado del frances Errard Bardeluc en 1604. El tratado de Roberto Valturio ilustró estas construcciones, como el de Alberti las civiles; y tiene bastante importancia histórica para demostrar la transición de las armas de tiro antiguas á las modernas, indicando también el tiempo de su invención. Hablaron de arquitectura militar por incidencia Pedro Catta-

(1) Promis demuestra en los *Comentarios á Martini II*, 303, que los baluartes de Sanmicheli no fueron los primeros que se usaron. Los había alrededor de Florencia en 1526; de Urbino, despues de 1521; de Bari, antes de 1524. En el sitio de Ródas, año de 1522, los baluartes estaban construidos ya al estilo moderno, por el Vicentino Basilio de la Scala, ingeniero de Maximiliano I y de Carlos V. En 1519, Carlos III de Saboya añadió baluartes de esta clase al castillo que había en el monte de Niza. En 1518, Alberto Pio fortificaba del mismo modo á Carpi, é iguales fueron las fortificaciones de Padua, Treviso, Ferrara, etc.

neo de Siena, Daniel Bárbaro, Antonio Filarete, Antonio Cornazzano, Francisco Patricio, Leonardo de Vinci, Vannocio Biringucci, Galileo, y de propósito Francisco Jorge Martini, natural de Siena. Galeazo Alghisi de Carpi inventó un sistema, que consiste en aplicar la cortina de tenaza á cualquier polígono, y quiso probar la utilidad de las cortinas en la parte de atrás, reflejadas en un ángulo mejor cuanto mas agudo; pero la experiencia no le favoreció.

Tartaglia adivinó los tiros de rebote, que se creen inventados siglo y medio mas tarde; fué el primero que disputó sobre los grados de inclinación de las piezas, sobre los efectos de los proyectiles, sobre las distancias de los tiros comparados con la inclinación y la carga; y propuso muchas mejoras acerca de las reformas de los baluartes y alturas. Juan Bautista Bellucci de San Marino que sirvió á Marignano en el ataque de Siena, como también á Francisco I y á otros, perfeccionó las fortificaciones, cuando tanto se confiaba en las fortalezas, y Juan Bautista Zanchi demostró que la sola ventaja que ofrecen en caso de ataque, es la de dar tiempo á los sitiados para proveerse de lo necesario. La obra de La Treille (1), que los Franceses mencionan como la primera publicada en su idioma acerca de esta materia, es meramente una traducción de la de Zanchi.

Jacobo Lentieri, natural de Breseia, escribió diálogos sobre lo mismo y sobre el modo de levantar las áreas de las fortalezas; y dió antes que nadie aspecto matemático á la ciencia de las fortificaciones. Carlos Thei enseñó á construir varios contrafuertes, recintos dobles, contraguarniciones continuas, baluartes separados. Jerónimo Maggi y Jacobo Castriotto imprimieron á un tiempo (Venecia, 1564) su obra *De la fortificación de las ciudades*; el primero defendió á Famagusta, donde fué hecho prisionero por los Turcos, que le degollaron despues de un duro cautiverio. Debe agradecerse á estos ingenieros el haber opuesto una barrera á los nuevos Bárbaros que amenazaban la civilización europea, y contra quienes los reyes, amigos de disputas, dejaban pelear sola á Venecia. Mas ilustre en la práctica y en las teorías fué el Boloñes Francisco Marchi, autor de los tres métodos atribuidos á Vauban (2).

El arte de los sitios debió cambiarse enteramente, desde que se tuvieron armas de tanto alcance y de tan terrible choque; ya no se cuidó nadie de las alturas sino en cuanto no estaban dominadas por otras; además, había que temer siempre las minas, capaces de hacer volar por los aires el castillo mejor fortificado. Sumergiendo las murallas en el foso, se consiguió poder dominar con la artillería el glacis que va declinando hácia el campo, y que á

(1) *La manière de fortifier villes, châteaux, et faire autres lieux forts: mis en français par le seigneur de Beroil François de la Treille*. Lyon, 1586. Véase el tratado de la Guerra de Cantú, § 51, *Ingenieros militares en Italia*.

(2) Véase á ERR. PINI. *Dialogo sull' architettura militare*, 1770; MAFFEI, *Verona illustr.* p. 3, c. 5.

favor de su pendiente cubre la cortina; de modo que el enemigo, si la quiere batir, tiene que cortar dicho glacis y la contraescarpa, lo cual ofrece bastante dificultad, y establecer á orillas del foso sus baterías de brecha, no sin gran peligro. Tales mejoras se iban introduciendo poco á poco, y muchas por los Italianos, que fueron casi los únicos á quienes se empleó al principio como ingenieros militares en toda Europa. Varias también se deben á Mauricio de Nassau y á otros campeones de la larga guerra de Flandes. Habiéndose convertido el arte de las fortificaciones en ciencia, á que sirven de base la geometría y la mecánica, abundaron escritores en esta materia, y los Franceses celebran á Bardeluc como el primero que le dió sólidos principios, perfeccionándola despues el caballero De Ville, y en seguida el conde de Pagan.

Cesó entonces de fiarse solamente en el valor personal; el arte lo dispuso todo. En consecuencia, los ejércitos se aumentaron; pues si bastaban escasas guarniciones cuando los castillos no estaban cercados mas que por una muralla y un foso, con torres y obras laterales poco salientes y ningunas obras exteriores, se necesitó mas gente para el ataque y la defensa desde que las fortalezas modernas ocuparon un trecho vastísimo, con obras separadas. Los villanos no se atrevían ya á exponerse al fuego para trabajar en las trincheras, y así este oficio se cometió á los soldados, que cobraban un tanto por cada braza de trinchera, mientras que hoy se les paga por horas.

Permítaseme en este lugar la reflexión de que se obra con injusticia cuando se censura á los Italianos de haber depuesto las armas, y empleado tropas mercenarias. No había otro medio entonces de formar ejércitos en toda Europa; sin embargo, no solo estaban sobre las armas los Estados feudales de Italia, como el Piemonte, el territorio de Roma y el reino de Nápoles, sino también las repúblicas mercantiles, que mostraron un valor heroico, ya en las interminables guerras de Levante, ya en la desastrosa de Pisa con Florencia, ó en la de esta y de Siena contra sus tiranos. La fuerza de carácter se mostró en tantas conjuraciones, ya con un fin noble, ya obra de la locura, contra los Médicis y los Esforcias; y aparecieron dignos de mejor causa ó de mejor suerte los Strozzi, Ferruccio y las Bandas Negras.

Despues cuando ya no fué posible á los Italianos combatir en su patria, llevaron su valor á países extranjeros. Los Strozzi condujeron hasta Escocia á los desterrados de Florencia; el ingeniero cremones Antonio Melloni construyó castillos para sujetar la guarnición inglesa en Picardía; y ocho mil Italianos con él, mandados por el príncipe de Melfi, peleaban contra igual número de sus compatriotas al sueldo de Inglaterra, que se fortificaron en Boulogne por obra del ingeniero Jerónimo Pennacchi, natural de Treviso. Gabrio Serbellone se señala en

la expedición de la Goleta, y tanto los protestantes de Alemania como los sublevados de Florencia hubieron de maldecir el valor y el arte de los Farnesios y los Piccolomini. Tenia razón Maquiavelo en decir que « en Italia no falta materia para introducir toda forma; existiendo allí gran virtud en los individuos, carecieron de ella los jefes. En los duelos y las reuniones de pocos se ve cuán superiores en fuerzas son los Italianos; pero no parecen los mismos tratándose de ejércitos, lo cual consiste en la debilidad de los que mandan (1). »

CAPÍTULO XII

Bellas artes.

Ya hemos visto cómo, dándose la mano con la literatura y la filosofía, se elevaron las artes, contemplando al par de aquellas la belleza visible como una escala para llegar á la ideal y al conocimiento de la belleza suprema é inmutable, á la manera que Pigmalion formó su estatua, y despues la animó con el amor. El que solo se fija en la idea, tiene las toscas figuras hieráticas de la edad média, respirando devoción sin ningún atractivo; el que únicamente se enamora de las formas plásticas, encuentra el arte puro, perfecto en lo exterior, pero que nada dice al corazón.

Las artes recorrieron estos dos periodos en Italia en los treinta primeros años de aquel siglo, elevándose á una altura á que no habían llegado entre los antiguos. Tres escuelas se disputaban el primer lugar en la pintura: la escuela veneciana, cuidada del colorido, hasta el punto de despreñar las líneas y la forma; la florentina, de tintas ménos fuertes, pero con mas armonía y suaves gradaciones; la romana, superior en el dibujo y en la representación de los contornos y de las formas, que había estudiado en las estatuas antiguas, pero que declinó por esto mismo, no en la ejecución, sino en el sentimiento, cuando sustituyó á las ideas el estudio de las apariencias, y colocó en los altares retratos de amigas y de cortesanas. Anterior á estas, la escuela de Umbría se había mantenido por su devota inspiración mas fiel á los tipos convencionales que á los clásicos, hablando mas al corazón que satisfaciendo los sentidos, como si alcanzase hasta ella el soplo de la vecina ciudad de Asis.

La longevidad de Juan Bellini, á quien hemos visto á la cabeza de la escuela veneciana, le permitió ser el contemporáneo de los renovadores del arte. El sentimiento de aquel maestro pasó á Cima de Conegliano, cuyo pincel reproducía la belleza y la intensidad de la expresión, mejor que la gracia, á la que se inclinan mas Basaiti y Victor Carpaccio, que en los ocho cuadros de la historia de Santa Úrsula conmovió aun á los ignorantes en pintura. Giorgione Bar-

(1) *Príncipe*, c. último.